



## EL AMIGO VERDADERO

### I

Juan acaba de llegar de la labor, y en cuenta aterrizados á los vecinos de la estancia de "Las Cuevas:" los indios habían avanzado hasta cerca de la muralla que circunda la ranchería, y como nadie los esperaba, sorprendieron fuera de ella á varios rancheros enteramente desprevenidos. Algunos pudieron huir, otros, entre ellos el caporal, fueron asesinados por los salvajes. Cuando los rancheros, pasada la sorpresa, se armaron y corrieron á combatir, los indios huían por la cercaña serranía. No fué esto lo peor, sino que se raptaron á la más guapa muchacha del rancho, á Toña, la novia de Juan, la que, en esa misma semana, iba á ceñir la corona de desposada.

Ardió el novio en ira al recibir la tremenda noticia, pero no perdió el tiempo en inútiles lamentaciones. Fuése luego á casa del comisario, y en seguida á la residencia de los principales vecinos; invitólos á perseguir á los bárbaros sin ninguna demora, pero todo fué en vano.

—Cuidaremos á todos y respondemos de sus vidas dentro de la muralla, le dijeron, pero no fuera de ella: somos pocos, los indios muchos; si salimos al campo moriremos y no habrá quien defienda nuestros hogares.

El comisario lo más que llegó á ofrecer fué buscar un hombre audaz y resuelto que fuese á Sombrerete, cabecera del Partido, á pedir auxilio.

Viendo Juan que su insistencia era inútil, fuése á su casa pensativo y con el corazón hecho pedazos. Su madre Candalaria, ó Candela, como la llamaban en el rancho, nada sabía del rapto de Toña; acababan de darle la noticia de que los indios se habían acercado mucho á la muralla y herido mortalmente al caporal. Por evitarle penas ocultáronle la otra noticia que tan de cerca le tocaba.

—Por Dios, hijo, estaba muerta de cuidado, dijo la anciana á Juan, tú en la labor y los indios á las puertas del rancho. ¿No los has visto, no te hicieron algún daño?

—Los vi, madre, eran unos cuantos que huieron tan luego como se les persiguió; desgraciadamente sorprendieron al caporal y le mataron, pero, ahora, no hay temor de que vuelvan.

Candela respiró como si le hubieran quitado enorme peso del pecho.

—Tan verdad es que no hay peligro prosiguió Juan, que me vuelvo á la labor, los animales le hacen mucho daño y es necesario sorprenderlos esta noche.

Candela volvió á alarmarse, pero su hijo tenía el poder de convencerla siempre y hoy también la convenció.

—Ea, madre, le dijo al despedirse, deme su bendición, pero con toda su alma, como si fuera la última que de usted recibiré en el mundo.

Arrodillóse aquel ranchero joven moreno de enérgica fisonomía y penetrante mirada, y con amoroso respeto recibió la maternal bendición. Besó la mano que le tendió su madre, luego la rugosa frente de la anciana, y disimulando la emoción dijole al parecer sereno:

—Hasta mañana, madre.

—Hasta mañana, hijo, Dios te acompañe.

## II

Allí está, á la puerta de la casa, todavía ensillado y enfrenado el potro alazán,

que por su brío y ligereza hace raya entre los del rancho. Conoce á Juan á maravilla y relincha al sentir sus pasos. Al dirigirse el joven al noble bruto, oye la voz de Cornelio—íntimo amigo del cuitado mancebo—que se le interpone como para impedirle el paso.

—¿A dónde vas, Juan? le pregunta.

—Iba en busca tuya para suplicarte que me prestes por esta noche tu rifle, el mío es malo, pero el tuyo es mejor y lo necesito.

—¿Para qué lo quieres?

—Voy á la labor y es bueno ir bien armado; no creo que los indios vuelvan esta noche, pero hombre prevenido vale por dos.

Cornelio, joven de la misma edad de Juan, de mediana estatura, lanipiño, de bronceado color y ojos cafés de intensa ternura, quedóse viendo á su amigo con investigadora mirada, y movió la cabeza como diciendo: vas á hacer una tontería. Luego clavó pensativo la vista en el suelo.

—¿Me lo prestas, ó no? exclamó Juan.

—¿A qué hora te vas?

—Ya me voy.

—Bueno, te lo llevaré yo mismo; espérame fuera de la muralla, allí, junto á los mezquites de la derecha del camino de Sombrerete.

—Allí te espero, no te dilates.

Montó Juan en su potro y fuése pasito á paso, refrenando los impetus del alazán, para dar tiempo á Cornelio de que saliese del rancho.

Obscurecía: habíase ya apagado la luminosa hoguera encendida en el cielo por el sol poniente. Era la hora que marca la despedida del crepúsculo y la entrada de la noche. Juan caminaba sin ver á nadie, sin observar nada, con la cabeza caída hacia delante y la barba pegada al pecho, abstraído en un sólo pensamiento. De vez en cuando impacientábase, como si anhelase dar rienda suelta á su fogoso corcel, pero se dominaba y volvía á abstraerse de nuevo. Salió fuera de la muralla, llegó á un bosquécillo de mezquites no lejos de ella, tiró de la rienda al potro é hizo alto. No tuvo que esperar por mucho tiempo, minutos después, llegaba Cornelio armado hasta las uñas, en un caballo negro de grande alzada.

—Aquí me tienes, no te he hecho esperar.

—Pero vienes á caballo, ¿con qué objeto?

—Voy á donde tú vas, he leído tu pensamiento; vas á perseguir á los indios y á salvar á Toña, y voy contigo.

—¡Imposible, no lo consentiré, expones tu vida!

—Como tú expones la tuya.

—Yo la expongo por ella.

—Y yo por tí.

—No irás.

—Iré. Si tú vas solo, tu muerte es segura, si te acompaño hay una remota esperanza. Tú no conoces esos caminos como los conozco yo, al dedillo. Mira, estoy seguro que los indios van á pernoctar ahora cerca de la Peñuela; sé todas las verdades que por el camino más corto nos guíen hasta allá; si logramos sorprender á los bárbaros, el buen éxito es seguro.

Hubo algunos momentos de lucha entre los dos amigos: Juan no quería que Cornelio expusiese su vida, éste anhelaba, si era preciso, darla por su amigo. Al fin triunfó la generosidad de Cornelio. Juan con las lágrimas en los ojos, estrechó contra su corazón á aquel amigo leal y abnegado, y partieron al galope por el breñal.

### III

Alrededor de una hoguera que empieza á decrecer porque no hay quien la cede, duermen más de cien indios, en su mayor parte narcotizados por el mezcal que bebieron en exceso; están en el recodo de una colina, y al frente extiéndose el valle silencioso y solitario, en trechos cubierto

de espeso matorral. Allá junto á un enorme nopal, recostada en un aparejo, con las manos y los pies atados, está Toña, la diosa del rancho como la llaman los moradores de "Las Cuevas." Cerca de ella ronca, completamente briago, un corpulento indio, en cuyo hinchado semblante se pinta la ferocidad. La pobre niña, de vez en cuando, alza medrosa la cabeza y mira en derredor: al observar el silencio que la rodea, sólo interrumpido por el monótono roncar de los salvajes, hace vigorosos esfuerzos por desatarse. ¡Imposible, imposible! Lloro desesperada y deja caer, abatida, la cabeza sobre el aparejo.

Al resplandor de la hoguera vése perfectamente á la niña gentil, encantadora morena de suaves facciones y rostro angelical; en sus grandes ojos negros píntase el terror, y la angustia contrae su diminuta boca. De repente da un grito: sin haber escuchado ruido ninguno, caen de la colina como llovidos del cielo, dos ginetes machete en mano, que arremeten á sablazos contra los desprevenidos indios, para algunos de los cuales fué aquél el último sueño, y los que despertaron huyeron desfavoridos al monte.

—No pierdas tiempo, dijo Cornelio á Juan, á tu negocio. Allá está Toña.

—¿Y tú?

—Te seguiré luego para cuidarte la

espalda: apresúrate, antes que estos bárbaros se den cuenta de cuantos somos.

Corre Juan, ase por la cintura á su adorada Toña, que ha perdido el conocimiento; en un ágil salto pásase á las ancas del alazán, coloca atravesada sobre la silla á la niña desmayada, cuyo cuerpo sostiene con el brazo izquierdo, afloja la rienda, hinca las espuelas en los ijares del brioso alazán, y parte á carrera abierta en dirección de "Las Cuevas."

Momentos después, Cornelio seguía á su amigo, cuidando de no adelantarse para defenderle la espalda. Pasaron algunos minutos y oyóse, primero lejano, próximo después, el rumor de un tropel que á cada instante se acercaba más á los jinetes. Eran los indios que, vueltos de su sorpresa y furiosos al convencerse de que habían sido sólo dos los asaltantes, corrían tras éstos clamando venganza.

Vibraban por el aire las flechas de los perseguidores y el alazán, no obstante su altísima ley, empezaba á fatigarse.

—Un esfuerzo más, decía Cornelio á Juan, ya estamos cerca, ya distingo como una sombra la muralla. Apenas había pronunciado estas palabras, lanzó un quejido: una saeta le traspazó el cuerpo, y agonizante cayó al suelo. Juan, con el alma rebosante de dolor y los ojos arrasados de lágrimas, vió pasar veloz junto á él, al ca-

ballo negro de Cornelio, sin jinete ya y poco después sintió de improviso una onda hirviente que le bañaba el brazo: era la sangre de Toña á quien las enemigas flechas acababan de dar muerte. En ese mismo instante el alazán caía desfallecido junto á la muralla de "Las Cuevas," y los indios huían al divisar un grupo de ranjeros que salían á batirlos; pero los moradores de "Las Cuevas" sólo encontraron á Juan empapado en la sangre de su amada, y con el cadáver de ésta en los brazos; al alazán muerto á los pies del joven, y á corta distancia el caballo negro de Cornelio, sin jinete, respirando fatigado.



## MEDICINA DE PATENTE

### I

Alicaído hállase Perfectito;—con el diminutivo llámanle siempre cuantos le conocen—sus bienes, que no son muchos, merman de día á día. Acaba de echar un vistazo á sus cuentas, y ve con horror que si sus acreedores se ponen de acuerdo para asaltarle á la vez le dejarán hasta sin camisa.

Además, Beatriz, la novia de Perfectito, acaba de darle unas tremendas calabazas, por bruto, según dijo ella. No dió otra razón, y al decepcionado doncel párecele la razón de la sinrazón. Si por brutos han de ser calabaceados los novios, el noventa por ciento de ellos quedaríanse sin media naranja. Esto piensa Perfectito y no yo. Hago tal aclaración, por-